

EL SECRETO DE LA ORQUÍDEA

LUCINDA RILEY

EL SECRETO
DE LA ORQUÍDEA

Traducción de
Patricia Orts

PLAZA  JANÉS

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, lo que garantiza una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los bosques primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Título original: *Hothouse Flower*

Primera edición: junio, 2011

© 2010, Lucinda Riley

Publicado originalmente por Penguin Books Ltd. en Gran Bretaña

© 2011, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2011, Patricia Orts García, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-01-33939-4

Depósito legal: M. 17.937-2011

Compuesto en Revertex, S. L.

Impreso y encuadernado en Unigraf
Pol. Ind. Arroyomolinos c/ D, 14
28938 Móstoles

L 3 3 9 3 9 4

*A mi padre, Donald, que me inspiró
en todos los sentidos*

Siam, hace muchas lunas...

Cuentan que en Siam, cuando un hombre se enamora profundamente, apasionada e irrevocablemente de una mujer, hará lo que sea con tal de conservarla, complacerla y lograr que ella no repare más que en él.

Hubo una vez un príncipe de Siam que se enamoró de esta manera de una mujer de extraordinaria belleza. La cortejó hasta conquistarla, pero unas noches antes de su boda, una celebración en la que iba a participar todo el reino bailando y manifestando su regocijo, el príncipe sintió desasosiego.

Sabía que debía demostrarle amor con un acto tan heroico y poderoso que lo uniese a su amada para siempre.

Debía encontrar algo que fuese tan extraordinario y hermoso como ella.

Después de pensar mucho en ello llamó a sus tres criados más fieles y les explicó lo que tenían que hacer:

—He oído contar muchas historias sobre la Orquídea Negra que crece en la cima de las montañas del norte de nuestro reino. Quiero que la encontréis y que la traigáis a palacio para que pueda ofrecérsela a mi princesa el día de nuestra boda. El que lo consiga recibirá como recompensa un tesoro que lo convertirá en un hombre rico. Los dos que fracasen en esta misión no vivirán para ver mi boda.

Los tres hombres permanecían postrados ante su príncipe con el corazón en un puño. Sabían que se enfrentaban a la muerte. La Orquídea Negra era una flor mítica. Al igual que los dragones de oro cubiertos de joyas que adornaban las barcazas reales que trans-

portarían al príncipe al templo donde este juraría amor eterno a su princesa, era fruto de la leyenda.

Esa noche los tres criados fueron a sus respectivas casas a despedirse de sus familias. Pero uno de ellos, a quien su esposa abrazaba inconsolable, era más inteligente que los demás y no se resignaba a morir como lo hacían los otros dos.

A la mañana siguiente había trazado ya un plan. Se dirigió al mercado flotante donde vendían especias, seda... y flores.

Una vez allí utilizó las monedas que tenía para comprar una exquisita orquídea de color magenta y rosa, cuyos pétalos eran oscuros y sedosos. A continuación caminó por los estrechos *klongs* de Bangkok hasta que encontró al escribano en el lóbrego y húmedo taller que había en su trastienda, sentado entre sus rollos.

El criado lo conocía porque había trabajado en palacio, si bien su obra había sido considerada indigna debido a las imperfecciones de su caligrafía.

—*Sawadee krup*, escribano. —El criado colocó la orquídea encima del mostrador—. Tengo un trabajo para ti, si me ayudas te colmaré de riquezas.

El escribano, que se ganaba la vida con dificultad desde que había abandonado el palacio, miró al criado con interés.

—¿Y qué debo hacer?

El criado indicó la flor.

—Quiero que uses tu habilidad con la tinta para teñir de negro los pétalos de esta orquídea.

El escribano frunció el ceño mientras miraba fijamente al criado, después examinó la planta.

—Puedo hacerlo, pero has de saber que las flores que broten después no serán negras, así que tarde o temprano te descubrirán.

—Cuando eso ocurra, ambos estaremos muy lejos de aquí, viviendo como el príncipe al que sirvo —contestó el criado.

El escribano asintió con la cabeza lentamente mientras reflexionaba sobre la propuesta.

—Vuelve al atardecer y tendrás tu Orquídea Negra.

El criado regresó a su casa y le dijo a su esposa que recogiera sus escasas pertenencias, a la vez que le prometía que más adelante se

podría comprar cuanto quisiera y él le construiría un hermoso palacio muy lejos de allí.

Esa noche volvió a la tienda del escribano y exclamó encantado al ver la Orquídea Negra en el mostrador.

Examinó los pétalos de la flor y comprobó que el escribano había realizado un excelente trabajo.

—Está seca —comentó este— y la tinta no se correrá cuando la toquen. Lo he probado yo mismo. Hazlo tú.

El criado lo hizo y vio que en sus dedos no había el menor rastro de tinta.

—Ahora bien, no puedo asegurarte cuánto durará el color. La humedad de la planta mojará la tinta. Pero, por encima de todo, debes evitar la lluvia.

—Servirá —asintió el criado cogiendo la planta—. He dejado el palacio. Nos veremos a orillas del río a medianoche y te daré tu parte.

La noche de la boda, tras haber compartido un día de alegría con todo su reino, el príncipe entró en sus habitaciones privadas.

La princesa estaba de pie en la terraza contemplando el río Chaopraya, todavía iluminado por los fuegos artificiales que se habían organizado para celebrar su enlace con el príncipe. Este se acercó a ella.

—Tengo un regalo para ti, amor mío; algo que representa tu singularidad y perfección.

Al decir esto tendió a la princesa la Orquídea Negra, que había colocado en una maceta de oro macizo adornada con joyas.

La princesa la miró y observó curiosa sus pétalos negros como la noche, que parecían luchar contra los intensos colores propios de su especie. Esa oscuridad artificiosa hacía que pareciera exhausta, marchita y maligna.

No obstante, la princesa comprendió lo que tenía en la mano... su significado y lo que el príncipe había hecho por ella.

—¡Es maravillosa, príncipe! ¿Dónde la encontraste? —preguntó.

—La busqué por todo el reino. Me han asegurado de que es única, al igual que tú. —El príncipe la miró transmitiéndole todo el amor que sentía por ella.

La princesa lo percibió y acarició su cara con delicadeza para demostrarle que ella le correspondía, y que siempre lo haría.

—Gracias, es preciosa.

El príncipe tomó la mano que ella había apoyado en su mejilla y, mientras le besaba los dedos, sintió un impelente deseo de poseerla. Era su noche de bodas y llevaba mucho tiempo esperando ese momento. Le quitó la orquídea, la colocó en el suelo, y a continuación abrazó a la princesa y la besó.

—Entremos, mi querida princesa —le murmuró al oído.

Ella dejó la Orquídea Negra en la terraza y lo siguió hasta el dormitorio.

Un poco antes del amanecer la princesa se levantó de la cama y salió a la terraza para dar la bienvenida a la primera mañana de la vida que acababa de iniciar junto a su esposo. Al ver unos charcos poco profundos en el suelo comprendió que había llovido durante la noche. El nuevo día estaba naciendo, si bien los árboles que había al otro lado del río todavía ocultaban parcialmente el sol.

En la terraza, en la misma maceta de oro macizo que el príncipe le había regalado, había una orquídea de color rosa y magenta.

La princesa sonrió mientras acariciaba sus pétalos, que la lluvia había limpiado y vigorizado, de forma que la flor que tenía entre sus manos era mucho más bonita que la orquídea negra que había recibido la noche anterior. El charco de agua que la rodeaba tenía una ligera tonalidad gris.

Al comprender lo que había sucedido la alzó y, mientras se deleitaba con su maravilloso aroma, reflexionó sobre lo que debía hacer.

¿Qué era mejor? ¿Herir al príncipe con la verdad o evitarle el dolor con una mentira?

Unos minutos más tarde entró en el dormitorio y se acurrucó entre los brazos de su esposo.

—Querido —murmuró mientras él se despertaba—, alguien ha robado la Orquídea Negra durante la noche.

El príncipe se incorporó de golpe, espantado y dispuesto a llamar a la guardia. La princesa lo calmó con una sonrisa.

—No, amor mío, creo que solo nos fue concedida por una noche; la misma noche en que nuestros cuerpos se han fundido en uno solo, en que nuestro amor ha florecido y nos hemos convertido en parte de la naturaleza. Era impensable que pudiésemos conservar algo tan mágico solo para nosotros... y, además, se habría marchitado y luego habría muerto... y yo no habría podido soportarlo. —La princesa tomó la mano de su esposo y la besó—. Deja que creamos en su poder y que seamos conscientes de que su belleza nos ha bendecido durante la primera noche de nuestra vida en común.

El príncipe se quedó pensativo por un momento. Al final, dado que amaba a su esposa con todo su corazón y que se sentía feliz por el hecho de que ya fuese completamente suya, renunció a llamar a la guardia.

El tiempo pasó y fueron envejeciendo. Su unión siguió siendo maravillosa y estuvo bendecida con la llegada del niño que habían concebido aquella misma noche, y con muchos otros, hasta el punto de que el príncipe se convenció de que la mística Orquídea Negra les había transmitido realmente su magia, aunque no la posibilidad de tenerla.

A la mañana siguiente del enlace un pobre pescador estaba sentado a orillas del Chaopraya, a varios kilómetros río arriba del palacio real. Su hilo no se había movido durante las últimas dos horas. El pescador se preguntaba si los fuegos artificiales de la noche anterior no habrían enviado a los peces al fondo del río. De seguir así no lograría nada para vender y su familia padecería hambre.

Mientras el sol ascendía por encima de los árboles de la otra orilla haciendo resplandecer el agua con su benéfica luz, vio que algo brillaba entre las malas hierbas que flotaban en el río. Soltó la caña de pescar y vadeó en el agua para cogerlo. Logró aferrar el objeto con las manos antes de que lo alejara la corriente y lo transportó cubierto de maleza hasta la orilla.

¡Al limpiarlo y ver lo que se escondía debajo se quedó boquiabierto!

La maceta era de oro macizo con incrustaciones de diamantes, esmeraldas y rubíes.

Olvidándose por completo de la caña de pescar, metió la mace-
ta en su cesta y se dirigió al mercado de joyas de la ciudad sabien-
do de antemano —con el corazón exultante— que su familia no
volvería a sufrir hambre.

PRIMERA PARTE

Invierno

1

Norfolk, Inglaterra

*T*odas las noches se repite el mismo sueño. Mi vida aparece lanzada por los aires y, a continuación, todas las piezas vuelven a caer... desordenadamente. Todo forma parte de ella sin tener aún un orden correcto, la visión está fragmentada.

La gente afirma que los sueños son importantes porque nos revelan cosas que nos ocultamos a nosotros mismos.

Yo no me oculto nada; ojalá pudiera.

Duermo para olvidar. Para encontrar un remanso de paz, porque me paso el día recordando.

No estoy loca. Si bien últimamente he reflexionado mucho sobre la locura tratando de definirla. En el mundo viven muchos millones de seres humanos, individuos con un ADN específico, una forma exclusiva de pensar, una percepción personal del mundo que se forma en el interior de sus mentes. Y cada visión es diferente.

He llegado a la conclusión de que los seres humanos solo tenemos en común la carne y los huesos, el cuerpo con el que nacimos. Por ejemplo, me han repetido muchas veces que cada persona responde de manera distinta al dolor y que ninguna de esas reacciones es errónea. Algunos lloran durante meses, años incluso. Se visten de negro y respetan un luto. A otros, sin embargo, parece que no les afecte la pérdida. La sepultan. Siguen adelante como hacían antes. Como si nada les hubiera ocurrido.

No sabría decir cuál ha sido mi reacción. No he llorado durante meses. De hecho, apenas he gritado.

Pero eso no significa que lo haya olvidado. Jamás lo haré.

Oigo a alguien en el piso de abajo. Debo levantarme y fingir que estoy preparada para afrontar el día.

Alicia Howard aparcó su Land Rover junto al bordillo. Apagó el motor y empezó a subir por la pequeña colina en dirección al chalet. Sabía que la puerta delantera nunca estaba cerrada, así que la abrió y entró.

Se detuvo en la silenciosa sala en penumbra y sintió un estremecimiento. Se encaminó hacia las ventanas y recorrió las cortinas. Tras ahuecar los cojines del sofá, cogió tres tazas de café vacías y las llevó a la cocina.

Una vez allí fue a la nevera y la abrió. En el estante de la puerta había una botella de leche, solitaria y medio vacía. Un yogur caducado, restos de mantequilla, y un tomate algo maduro ocupaban las repisas. Cerró el frigorífico e inspeccionó la panera. Tal y como había sospechado, estaba vacía. Alicia se sentó a la mesa y exhaló un suspiro. Pensó en su cocina caldeada y bien surtida, en el agradable olor que emanaba de lo que cocinaba para la cena, en el ruido de los niños jugando y en sus risas dulces y chillonas... el corazón de su hogar y de su vida.

El contraste con esta inhóspita habitación era más que evidente. De hecho, era la metáfora que mejor describía la existencia actual de su hermana: la vida de Julia estaba rota, al igual que su corazón.

Supo que estaba bajando al oír el ruido de sus pisadas en la madera crujiente de la escalera. La miró cuando se asomó a la puerta de la cocina y, como siempre, su belleza la sorprendió; mientras que ella era rubia y de piel clara, Julia tenía la tez y el pelo oscuros, que le daban un aire exótico. Su abundante melena de color caoba enmarcaba un rostro de rasgos finos; el peso que había perdido recientemente contribuía a resaltar sus ojos, luminosos y almendrados, y sus prominentes pómulos.

Julia se había vestido con uno de los conjuntos que no se quitaba de encima en los últimos tiempos, y que no era nada adecuado

para el mes de enero: un caftán rojo bordado con hilos de seda de mil colores, y un pantalón ancho de algodón negro que disimulaba la delgadez de sus piernas. Alicia notó que sus brazos desnudos tenían la piel de gallina. Se levantó de la mesa y, sin importarle la reticencia que demostraba su hermana, le dio un cariñoso abrazo.

—Querida —dijo—, pareces helada. ¿Por qué no vas a comprarte algo de abrigo? ¿O prefieres que te traiga un par de suéters de los míos?

—Estoy bien —replicó Julia haciendo caso omiso de las palabras de su hermana—. ¿Café?

—No hay mucha leche, acabo de echar un vistazo a la nevera.

—No importa, me lo beberé solo. —Julia se dirigió a la pila, llenó la tetera, y la puso al fuego.

—Bueno, ¿cómo te ha ido? —preguntó Alicia.

—Bien —contestó Julia cogiendo dos tazones de café de la repisa.

Alicia hizo una mueca.

—Bien —fue de nuevo la respuesta estándar de Julia. La usaba para evitar que se ahondara en la cuestión.

—¿Has visto a alguien esta semana?

—No, la verdad es que no —contestó Julia.

—Querida, ¿seguro que no te apetece volver a vivir durante una temporada con nosotros? No soporto la idea de que estés aquí sola.

—Gracias por la invitación, pero como acabo de decirte, estoy bien —replicó Julia con frialdad.

Alicia exhaló un suspiro de frustración.

—No tienes buen aspecto, Julia. Incluso has perdido más peso. ¿Comes bien?

—Por supuesto que sí. ¿Quieres café o no?

—No, gracias.

—Como prefieras. —Julia metió bruscamente la botella de leche en la nevera.

Cuando se dio media vuelta sus ojos de color ámbar resplandecían iracundos.

—Escucha, sé que lo haces porque te preocupa de verdad. Pero si he de ser franca, Alicia, no soy uno de tus hijos y no necesito que me cuiden como si fuese una cría. Me gusta estar sola.

—En cualquier caso —dijo Alicia alegremente tratando de refrenar su creciente irritación— ve y coge tu abrigo. Saldremos juntas.

—La verdad es que hoy tengo cosas que hacer —replicó Julia.

—En ese caso cancelálas. Necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda?

—Por si lo has olvidado, la semana que viene es el cumpleaños de papá y quiero comprarle un regalo.

—¿Y necesitas mi ayuda para eso, Alicia?

—Cumple sesenta y cinco años, el día de su jubilación.

—Lo sé. También es mi padre.

Alicia hizo lo posible para contenerse.

—El mobiliario de Wharton Park sale a la venta hoy a mediodía. Creo que deberíamos ir y ver si entre las dos encontramos algo para papá.

Alicia vio que Julia parpadeaba interesada.

—¿Wharton Park está en venta?

—Sí, ¿acaso no lo sabías?

Julia se encogió de hombros.

—No, no lo sabía. ¿Por qué motivo la venden?

—Imagino que debido al problema de siempre: los impuestos sucesorios. He oído que el propietario actual está tratando de venderla a un tipo de la ciudad con más dinero que sentido común. Hoy en día ninguna familia puede permitirse el lujo de mantener un lugar como ese. Y el último lord Crawford poco a poco la abandonó hasta dejarla en un estado lamentable. Por lo visto para recondicionarla se necesita una fortuna.

—Qué triste —murmuró Julia.

—Lo sé —asintió Alicia, contenta de ver que, al menos, Julia parecía interesada—. Esa casa formó parte de nuestra niñez, sobre todo de la tuya. Por eso se me ha ocurrido que deberíamos ir a ver si podemos encontrar algo aprovechando la venta, algún recuerdo para papá. Lo más probable es que la mayoría de las cosas de valor vayan a parar a Sotheby's, y que solo encontremos baratijas, pero nunca se sabe.

Sorprendentemente, Julia accedió a acompañarla sin necesidad de que insistiera más.

—Está bien, voy a coger mi abrigo.

Cinco minutos más tarde Alicia maniobraba el coche por la es-

trecha calle mayor de Blakeney, un bonito pueblo costero. Tras doblar a la izquierda, se dirigió hacia el este enfilando la carretera que en quince minutos las conduciría a Wharton Park.

—Wharton Park... —murmuró Julia para sus adentros.

Su recuerdo infantil más intenso eran las visitas que realizaba a su abuelo Bill en el invernadero: el irresistible aroma de las flores exóticas que crecían allí, y la paciencia que él demostraba mientras le explicaba el género al que pertenecían y el lugar del mundo del que procedían. Su padre, y el padre de su padre antes que él, habían trabajado ya como jardineros para la familia Crawford, los propietarios de Wharton Park, una inmensa finca que abarcaba varios miles de acres de fértiles tierras de labranza.

Sus abuelos vivían en un cómodo chalet situado en un agradable y animado rincón de la misma, rodeados de todas las personas que estaban al servicio de la tierra, la casa y la familia Crawford. La madre de Julia y Alicia, Jasmine, había nacido y crecido en él.

Elsie era exactamente como una abuela debe ser, si bien un poco excéntrica. Siempre estaba dispuesta a estrecharla entre sus acogedores brazos y a cocinar algo delicioso para cenar.

Cada vez que Julia pensaba en el tiempo que había transcurrido en Wharton Park recordaba de inmediato el cielo azul y los exuberantes colores de las flores que brotaban bajo el sol estival.

Wharton había sido, además, famoso por su colección de orquídeas. Era difícil de entender que esas pequeñas y delicadas flores que habían crecido en un clima tropical se encontrasen allí en aquel momento, floreciendo en el frío hemisferio norte, en las llanuras de Norfolk.

Cuando era niña Julia ansiaba durante todo el año que llegara el verano para poder ir a Wharton Park. La tranquilidad y el calor de los invernaderos —que ocupaban un rincón del huerto, al amparo de los fuertes vientos del Mar del Norte que lo azotaban durante el invierno— permanecían en su memoria durante el resto del año. Este hecho, unido a la sensación de hogar que transmitía el chalet de sus abuelos, contribuyó a que lo considerara como un auténtico

co remanso de paz. En Wharton nada cambiaba. Las alarmas y los horarios no funcionaban, era la naturaleza la que marcaba el ritmo de todas las cosas.

Todavía podía recordar la vieja radio de baquelita de su abuelo emitiendo música clásica de la mañana a la noche en un rincón del invernadero.

—Las flores adoran la música —le decía este mientras cuidaba de sus preciosas plantas. Julia se sentaba en el taburete que había en el rincón donde estaba la radio y lo contemplaba mientras escuchaba la música. Estaba aprendiendo a tocar el piano y había descubierto que tenía dotes para ese instrumento. En la pequeña salita del chalet había un viejo piano vertical. Así que a menudo, después de cenar, le pedían que lo tocara. Sus abuelos contemplaban encantados, a la vez que sorprendidos, la rapidez con que los dedos de Julia se deslizaban por las teclas.

—Dios te ha concedido ese don, Julia —le dijo el abuelo Bill una noche sonriéndole con los ojos empañados—. Confío en que no lo desperdicias.

El día que cumplió once años su abuelo Bill le regaló una orquídea que había cultivado especialmente para ella.

—Es tu orquídea, Julia. Se llama *Aerides odoratum*, que significa «niña del aire».

Julia miró con detenimiento los delicados pétalos de color marfil y rosa de la flor, plantada en una maceta. Su tacto era sedoso.

—¿De dónde viene, abuelo? —le preguntó.

—De Oriente, de las junglas de Chiang Mai, al norte de Tailandia.

—Ah. ¿Y qué clase de música crees que le gusta?

—Yo diría que es especialmente sensible a Mozart —le contestó riéndose su abuelo—. ¡Pero si ves que empieza a marchitarse quizá podrías probar con una pieza de Chopin!

Julia cultivó su orquídea y sus dotes para el piano sentada en el salón de su ventosa casa victoriana, situada en las afueras de Norwich; tocó para ella y la planta floreció una y otra vez.

Y soñó con el exótico lugar del que procedía. Abandonaba el salón de su casa en la periferia y se imaginaba en las inmensas junglas del Extremo Oriente... el sonido de los lagartos y de los pájaros, y los embriagadores aromas de las orquídeas que crecían por todas partes, sobre los árboles y en el suelo.

Un día decidió que tarde o temprano las visitaría, pero, por el momento, la colorista descripción que le hacía su abuelo de aquellas tierras le bastaba para avivar su imaginación y su música.

El abuelo Bill murió cuando ella tenía catorce años. Julia recordaba vivamente el sentimiento de pérdida que había experimentado al saberlo. Él y sus invernaderos habían sido la única fuente de seguridad en su joven y ya ardua vida —una influencia sabia y afectuosa, alguien siempre dispuesto a escuchar—, una persona que había suplido en muchos aspectos a su propio padre. A los dieciocho años el Real Conservatorio de Música de Londres le concedió una beca. La abuela Elsie se había ido a vivir con su hermana a Southwold. Desde entonces Julia no había vuelto a visitar Wharton Park.

Y ahora, con treinta y un años, regresaba a ella. Mientras Alicia hablaba sin cesar de sus cuatro hijos y de sus múltiples actividades, Julia revivió la ilusión que experimentaba en el pasado antes de llegar a la casa, mientras recorría ese mismo camino en el coche de sus padres; mirando por la ventanilla de atrás, esperando divisar la casa del guarda, que marcaba la entrada a Wharton Park, tras doblar el familiar recodo.

—¡Ahí está la curva! —exclamó Julia al ver que Alicia casi la pasaba de largo.

—Vaya, tienes razón. Hace tanto tiempo que no venía que casi lo había olvidado.

Cuando enfilaron la entrada Alicia miró a su hermana. Los ojos de Julia brillaban de expectación.

—Siempre has adorado este lugar —comentó con dulzura.

—Sí, ¿tú no?

—Si he de ser sincera, me aburría mucho cuando veníamos aquí. No veía la hora de volver a la ciudad a ver a mis amigos.

—Siempre has sido más urbana —reconoció Julia.

—Sí, y mírame ahora: tengo treinta y cuatro años, vivo en una granja en medio de la nada acompañada de una manada de niños, tres gatos, dos perros y una cocina Aga. ¿Dónde demonios han ido a parar las grandes esperanzas? —Alicia sonrió irónicamente.

—Te enamoraste y fundaste una familia.

—Y tú te quedaste con las grandes esperanzas —concluyó Alicia sin asomo de rencor.

—Eso era antes... —Julia enmudeció mientras avanzaban por la avenida—. Ahí está la casa. No ha cambiado en nada.

Alicia miró el edificio que se erigía ante ella.

—En realidad, diría que parece incluso mejor. Había olvidado lo bonita que es.

—Yo no —murmuró Julia.

Siguieron la fila de coches que avanzaban lentamente por el camino ensimismadas en sus pensamientos. Wharton Park había sido construida, siguiendo los cánones del estilo clásico georgiano, por el sobrino del primer ministro de Gran Bretaña, si bien este había muerto antes de que finalizasen las obras. Realizado en buena parte con la piedra de Aislaby, el color del edificio se había ido suavizando a lo largo de sus trescientos años de existencia hasta adquirir un delicado tono amarillo.

Sus siete intercolumnios y la doble escalinata situada frente a la planta, que ascendía hacia el *piano nobile* formando una terraza elevada que daba al parque posterior, añadían un aire de glamour francés. Las torres abovedadas de las esquinas, el amplio pórtico apoyado en cuatro columnas jónicas gigantescas, y la estatua resquebrajada de Britania alegremente encaramada en lo alto le conferirían además una apariencia majestuosa, si bien excéntrica a la vez.

Wharton Park no era lo bastante grande para que pudiera ser considerada una casa señorial. Su arquitectura tampoco era lo suficientemente perfecta, debido a los extravagantes añadidos que las últimas generaciones de los Crawford habían realizado y que habían contaminado la pureza de sus líneas. Pero por esa misma razón no era sobrecogedoramente austera como otras mansiones de esa misma época.

—Aquí es donde solíamos girar a la izquierda —indicó Julia recordando el sendero que rodeaba el lago y que conducía al chalet de sus abuelos, situado en un extremo de la propiedad.

—¿Te gustaría que fuésemos a echar un vistazo al viejo chalet después de la venta? —le preguntó Alicia.

Julia se encogió de hombros.

—Ya veremos.

Unos criados vestidos con abrigos amarillos indicaban a los coches el lugar donde podían aparcar.

—Por lo visto se ha corrido la voz —comentó Alicia mientras aparcaba el coche en el espacio que le habían asignado. Se volvió hacia su hermana y le apoyó una mano en la rodilla—. ¿Lista? —le preguntó.

Julia se sentía aturdida, envuelta en un sinfín de recuerdos. Cuando se apeó del coche y se dirigió hacia la casa incluso los olores le resultaron familiares: el aroma a hierba húmeda y recién cortada, y la leve fragancia del jazmín que rodeaba el césped de la parte delantera. Siguieron a la multitud que ascendía poco a poco la escalinata y franqueaba el umbral de la entrada principal de la casa.